

LAS VELETAS

Salvador García Jiménez

Le gustaban sus virajes, sus clamoreos, sus sones enfurecidos. Le gustaba electricarse entre los pararrayos y los bornes de cristal verdoso, con un mapa de vientos en el bolsillo, aunque le advirtieran que se podía volver loco o marearse. Y mejor, sentir el viento de abajo, difícil, que enganchaba y hostigaba, pegándole a las mujeres de la casa las polleras a los muslos, o escuchar en la terraza una batalla de gorriones sobre su cabeza mientras el ómnibus 136 giraba por la plaza llena de chicos y vendedores de helado. Y además tenía que tatuar en sus costados «Bazar Dos Mundos», «Santa Fe Palace» o «Sportivo Barracas». En el cielo como en el mar, las criaturas gigantes devoran a las más tiernas: aquel bestiario de modelos a orillas de las autopistas había desplumado a su *Robin Hood*, a su *Corrientes*, a su *Gaviota*... Y lo que era peor, ya no se untaba las manos de grasa buscando rodamientos en las bicicletas viejas, en los patines, para ensanchar su granja de veletas.

Gracias a vivir en una de esas casas en la que se han ido acumulando objetos que pertenecieron a sus padres, a los abuelos, los bisabuelos; objetos que no sirven para nada pero que se quedan ahí metidos en cajones, podía elegir los adornos más vistosos para su colección. Y luego los vidrios, los mágicos vidrios, incitándole a ver una bandada de camaleones cuando el atardecer se le iba en tangos. «Mi hijito —decía mamá mirándolo con afecto—. Tenés los ojos colorados de mirar las nubes, y eso es malo. Ponete unas compresas con hamamelis, que es lo mejor que hay». De tanto perseguir el torbellino de la *Musaraña*, las nubes y el cuarto creciente de luna se le volvían repentinamente de mármol.

A veces, aunque las veletas parecían rebelarse quitándole aire para que atacase el asma, él seguía suavizando con la misma confortación sus cojinetes, dándole vueltas a sus ejes y a las palabras para escribir «Roma» y leer «amor», solitario junto a los tejados como una palmera, porque los chicos de su edad rechazaban sus juegos con el aire como prueba de tontería o afeminamiento. Absorbido por el murmullo de la granja, la mañana que oía la voz de su tía que gritaba «Julio, vení que es la lección de piano» o «Julio, andá bañarte», experimentaba un sentimiento de pérdida, de desencanto. En este momento tenía que cerrar su libreta con pastas de hule y abandonar todos los misterios que la *Circe*, brillando como nácar de guitarra, le cantaba.

Cada veleta se mostraba al viento con un pecho diferente: *Musaraña* emitía un silbido dulce cuando la brisa la despertaba; *Fama* aullaba y se le tenía que poner en la hélice una goma por camisa de fuerza durante las noches que el aire la exasperaba, mientras *Esperanza* era toda un gemido. El revelaba a los pibes del barrio que cada una le inspiraba un cuento. «¿Y sólo cuentan cuentos?». La desilusión del párvulo le hizo construir la *Oropéndola* con tubos y aspas de aluminio, aprovechando

do también un micrófono viejo, para decirles que cualquier voz, hasta la de Jesucristo, podría ser escuchada si estaban muy vigilantes a sus zumbidos.

Los campesinos de Bánfield lo miraban con el ceño fruncido, pensando que cuando no estaba en las nubes mataba hormigas. El pueblo entero pasó por la casa para ver cómo se encendía la dinamo de bicicleta que instaló en la cola de *Cardenal*. No se recordaba un aluvión de gente así en una terraza desde que las gallinas de Clara Pinzón pusieron huevos con una cruz moteada en sus cascarones. Por ello, los hombres, entre bromas y veras, lanzaban miradas recelosas. Temían que sus vergeles rayasen un día el alba sembrados de veletas. «Che, que a ese pibe lo veo capaz de eso y de mucho más».

Mientras los chicos del barrio se mataban a patadas por meter un gol y la abuela sacaba el mantel blanco para tender la mesa bajo el emparrado, él, aceptando esa condición de raro, se retorció de risa al sorprender a sus veletas armar la de mil diablos. Ellas, sólo ellas en la casa, le permitían opinar con los ojos clavados en su *Caballito de mar* que Dios también era un bromista. Su padre mostraba poco interés por el perpetuo giro: en el patio, entre macetas, sintiendo la frescura de la tierra mojada a medianoche, bebía mate y leía revistas asquerosas.

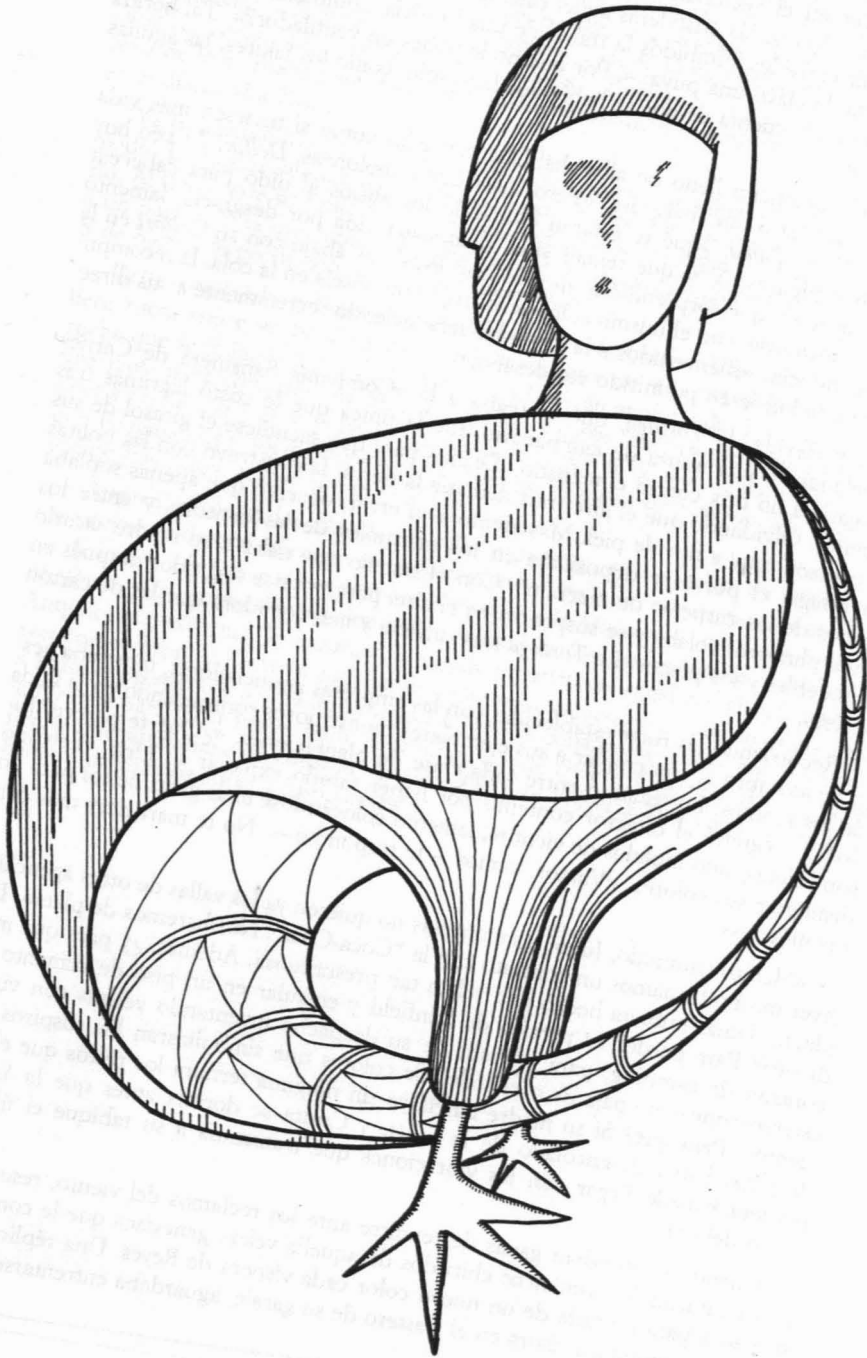
Sobrecargado de sueños, cuando venía de estudiar en la Normal, subía de dos en dos los escalones que le conducirían a la terraza para tenderse sobre las baldosas rojizas y sentir en la frente, en las larguísimas piernas, sobre el pecho, la fresca velocidad de cincuenta sombras diferentes. Desgraciadamente, pronto acudía algún miembro de la familia para pisar la raya de sus maravillosos atardeceres. «Han desaparecido las segundas tenacillas de azúcar, Julio. ¿Vos las tenés?». Y él se encogía de hombros, sonriendo al espiar de reojo las aspas brillantes de la *Libélula*.

La veleta se enfrentaba a los vientos, no los señalaba con el pico del gallo como solía creerse. Un día, en una callejuela de la ciudad, miró a lo alto y descubrió en el último balcón de un edificio cochambroso una nube de veletas parecida a la suya. Tal contemplación le convirtió por largos minutos en una estatua, pero no se atrevió a cruzar el portalón. Hubiera sido terrible enfrentarse con su doble. Lo único que hizo fue disparar su máquina de fotos hasta agotar el carrete.

Otro día, como si alguien tramara alguna conspiración contra ellas, desaparecieron *Cefalea* y *Circe*. Aunque su madre y sus hermanos juraran que no las habían tocado, las encontró ahogadas en el depósito del agua, como si fuesen obscenos pensamientos de confesión. *Circe* se pudo reparar, pero *Cefalea*, hecha con plásticos, se endureció en el agua como un murciélago.

De la afición al aire, los dedos y las piernas competían por crecer, defendiendo su paraíso ante cualquier muchacha que intentara hacerlo caer de la terraza. Por mucho carmín que pusieran en los suspiros para desconcertarlo, las ahuyentaba como a serpientes de su nido. Mas no se cerró ahí el círculo de perseguidores: todos los parientes andaban buscándole trabajo, como si le tuvieran lástima por haber roto su reloj para mirar al cielo, hablar con los vientos o dormirse a la sombra de sus veletas. A lo único que se hubiese negado es a ser matarife. «Tenés que comercializarlas, Julio», le aconsejó un día su tío inspirado por el mate. «Pero, che, ¿cómo voy a vender yo una veleta?». Al final, tan apasionado él por los artistas que rechazan el trabajo, aceptó la oferta de una agencia de publicidad.

El dinero producido por sus diseños no le achicaba tristezas por esa corazonada que pronto se cumplió de marcharse a la ciudad con todas sus veletas desguazadas en una valija, temiendo que en el destierro de arboledas y cielos anchurosos perdie-



sen su labia. Tras instalarlas en dirección al mar, le consumía de amargura verlas enlatadas en los ínfimos balcones, con el malestar de su madre por la burla que pudiera nacer en el vecindario ante tal extravagancia. «Aquí no hay viento», se quejaba mirando tras las cristaleras aquel calabozo de veletas. Su hermano, incapaz de distinguir entre los zumbidos la trama de una historia, completamente olvidado de la terraza, le clavó una puya: «¿Por qué no le ponés un ventilador?». Tal herida le hizo caer en la cuenta de que se había quedado solo, como los fakires, las águilas o los poetas.

Con el balconcito lleno de alba, hablaba con ellas como si tuviesen más vida que una lagartija o una mariposa: «Pero, ¿por qué remoloneas, *Delfín*. Te veo hoy mustia... Y tú, *Fama*, ¿qué te estarán contando los alisios al oído para cabecear como las espigas?». Y sí que tenían vida, demasiada vida por desgracia, lamentó aquella tarde en que sorprendió a un gato huir escaleras abajo con su *Colibrí* en la boca. En memoria, con el mismo color verdirrojo que poseía en la cola, la recompuso para anunciar «Bienvenidos a la ciudad», agradeciendo secretamente a sus directores que le hubiesen permitido ese desahogo.

Su preferida, la *Tortuga*, que mareaba a la «Compañía Sansinera de Carnes Congeladas» a una altura de campanario, fue la única que le costó lágrimas tras empujarla a un box contra el tornado «Diana» para que sacudiese el girasol de sus ensueños. Olvidando que el aire traía demasiada tierra, la construyó con las bolitas del corazón muy a flor de piel. Más atento a su error, observó que apenas soplaba una ráfaga, el polvo se depositaba en los mármoles de las consolas y entre los rombos de las carpetas de macramé. Con el trabajo que daba a su madre sacarlo con el plumero, volaba y se suspendía en el aire, para posarse segundos después en los muebles y los pianos. La *Tortuga* salió invicta y más rodadora que las de cartón de feria.

Recorriendo las rutas establecidas con las empresas anunciadoras, mostraba gesto de asombro al contemplar a sus ejemplares monstruosos ronroneando en la falda de los montes, bostezando entre toda clase de plantaciones. «¿Qué te parece, Julio?», preguntó el director contento por haber sabido explotar su idea. «Esto no son veletas, sino molinos de viento», lamentó colocándose unas gafas de sol para no distinguir sus colores. «Vamos, vamos —le respondió—. No te martirices más con tus niñerías».

«Hemos triunfado, Julio: las empresas no quieren ya las vallas de otras agencias. Ayer mismo firmamos un contrato con la “Coca-Cola”. Nos haremos de plata». De plata... Jamás hubiera hecho una veleta tan presuntuosa. Además, ¿y para qué más dinero? Para perder su paraíso de Bánfield y enjaular en un piso de cemento su corazón de camping, para no salir de su despacho inventando veletas con vuelo estereoscópico de pájaros o cristales de colores que simbolizaran los suspiros del viento. ¿Para qué? Si su madre barría ya sin ninguna ternura los restos que el sol de junio había descolado de la *Saeta*, y Corita se dormía antes que la *Sirena* pudiera hacerle llegar con las vibraciones que transmitía a su tabique el último relato del día.

Cuando le entraban ganas de rendirse ante los reclamos del viento, resonaban en su caracola los asmáticos chirridos de aquella veleta genesiaca que le construyó su padre para pintarla de un nuevo color cada víspera de Reyes. Una réplica de la *Camaleón*, sepultada ahora en el trastero de su garaje, aguardaba enfrentarse al aire

con la pintura de sus ejes fresca. Aunque había etapas angustiosas al sentirse incapaz de crear para su granja un modelo inédito de veleta, echar mano de la *Camaleón* ante las demandas de su agencia hubiera sido como vender la voz de su madre, aquella voz como de cantante de boleros, algo que acaricia aunque esté enojada: «¡Juuulioooo! —le gritaba colgando sábanas cuando lo veía perderse calle arriba—. ¡Vuelve, vuelve, que una tarde te va a llevar el viento!». Y él lograba coronar la cima de la montaña para lanzar sus globos aerostáticos que aparecerían como ovnis en el diario «La Nación».

Ya no dispondría de tiempo para socorrer aquellas reliquias sentenciadas por el óxido. La última sirenita de un palacete que le emocionó dominaba las orillas del río. Al devolverle su rotación, le embargó mayor alborozo que si hubiese resucitado a un pájaro. Y es que junto a los fantasmales pararrayos, impotentes para mover la S de hierro, le producían una piedad indescriptible.

Delia, comiendo palomitas de maíz en el cine de barrio, desparramaba la cabellera rubia sobre su hombro para pedirle cuando vio a Anita Page conducir un coche que se independizara de la Agencia. «Te están explotando, Julio. Vos montás una nave para construir tus propias veletas, y ganás nuestro peso en oro». Delia quería un hangar y él se asustaba. En un abrir y cerrar de ojos, la superproducción que imaginaba su novia podía hasta fatigar los vientos. «Dejémoslo así, que ya he cedido bastante». «¿Por qué sos tan ciprés?».

Después, al llegar los días de un calor espantoso, su hermano, en oposición a sus proyectos de que ingresara en el Ejército del Aire, optó por cursar una secundaria de letras, a la par que los geráneos ahogaban a la *Musaraña*, cuyas articulaciones recubiertas con cemento plástico venían resintiéndose por culpa de la humedad. Anquilosada, enferma, le auguraba lo que le ocurriría de quedarse allí escuchando jazz con audífonos. Frente a aquellas coronas de su cementerio, la tarde de su vuelo a París le prometió a su madre acongojado que se construiría una veleta idéntica a la *Gemela* para recordarlos desde el camping donde viviera. Celeste y blanca, como flecha que atravesara su corazón, la *Gemela II* se volvería loca cada vez que le hablara de Buenos Aires y los Cortázar.

